

MARIANO D. BERRUETA

El Carro

El Miserioso

SALAMANCA

IMPRESA DE CALATRAYA

1901

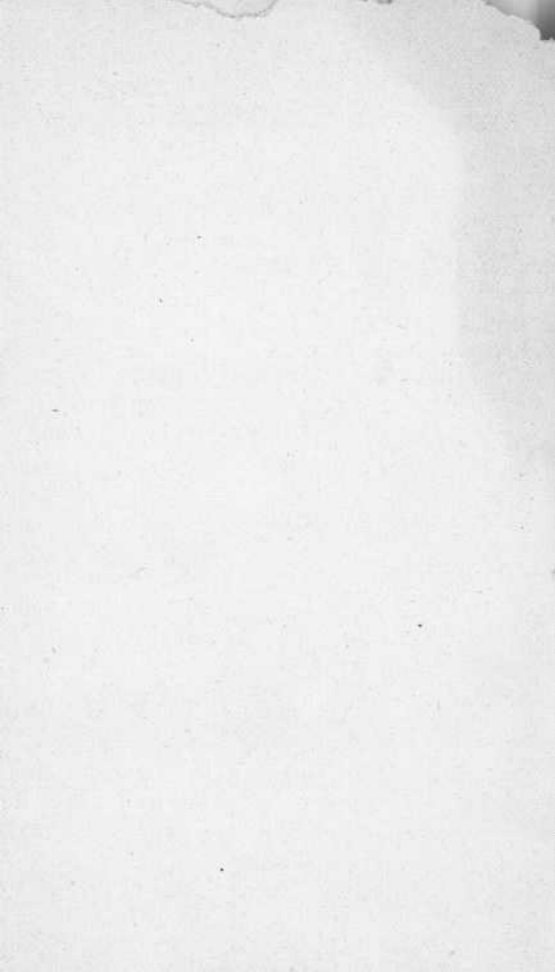


D
13

531-33-5.L

CRÓNICAS DEL CAMPO





A-507

MARIANO D. BERRUETA

El Carro

El Miserioso

N.º M. 2784

R. 1873 (AL)

SALAMANCA
IMPRESA DE CALATRAVA

1901

*Sr. D. Mariano D. Ber-
rueta.*

*Mi estimado amigo: Devuel-
vo á V., después de enterarme
de su contenido, las cuartillas
originales de su cuadrito de
costumbres campesinas de Sa-
lamanca, EL CARRO, y aplau-
do su propósito de publicar una
serie de tomitos con ese trabajo
literario y otros por el estilo,
que seguramente no le irán en
zaga, á juzgar por la muestra
de ellos, EL MISERIOSO, que*



me dió V. á conocer meses hace.

Le dije entonces, y le repito ahora, qué hay en V., por el amor que siente á la tierra nativa, por lo certero de la mirada con que descubre su lado pintoresco, así como el de sus habitantes, y por la soltura y verdad con que traslada sus impresiones al lienzo, madera de los buenos pintores de costumbres regionales.

Espero que el público, á medida que vaya conociendo su labor artística, ha de opinar lo mismo que yo... si el diablo no le sale á V. al buen camino que ahora sigue y le obliga á ex-

traviarse, echándole por tentadores y peligrosos atajos.

Tal es mi parecer, expuesto con la llaneza y claridad que gasta siempre su afectísimo amigo,

J. M. DE PEREDA.

Mayo, 27, 1901.

EL CARRO

—

I

SIEMPRE en tensión, como los hilos del telégrafo, aquellas piernas fornidas y esbeltas, torneadas y duras como madera de roble, la izquierda adelantando un poco su bizarría, y firme la derecha sosteniendo el cuerpo, un cuerpo de charro mantenido á puro jamón y buen chorizo, sin que jamás el señor médico hubiera puesto

allí sus manos pecadoras, ni el señor boticario sus misteriosas componendas; siempre estirado y gallardo aquel tío, de pié junto á la puerta de abajo, sin hacer caso del escaño adjunto ni de los poyos que á una y otra parte del portón invitaban á tomar asiento...

Así estaba el señor Manuel, uno de los mayores *hacenderos* del lugar, un domingo de primeros de Septiembre, dándole vueltas en el magín á lo de ir ó no ir á la feria de Salamanca con los muchachos.

Como vender, nada tenía que vender por aquel entonces; el cambio del *Bermejo*, buey falso y de mala sangre, no corría prisa, y si salía en el «teso de la feria» cosa bue-

na, habría trato, y si no cada cual para su establo.

Así estaba el hombre, con la cabeza echada sobre la barba y la barba sobre el botonazo del camisón; las manos sujetas por los dedos pulgares á la *media vaca*, la chaquetilla de los domingos apretada y reventona, y todo junto á la sombra de la enorme *gorrilla*, un si es no es echada *pa adelante*.

En esto llegó María Manuela, la hija del señor Manuel, muchacha algo fina para charra, y no sé qué le diría al oído, que de allí á una hora iba luciendo, camino adelante, sus *indie tos*, *saimones* y *pernillas*, pintadas de azul, y sus cinchos, boquetes y mazas del cubo de la

rueda barnizadas de encarnado, y sus tablonos de blanco, el carro en cuyo seno, si se permite la frase, estaban sumergidos el señor Manuel, la María Manuela y el Juan Antonio.

Lo que en Salamanca hicieron, *las memorias* de un charro en la feria son tan interesantes, tan vivas y curiosas, que no me atrevo, ¡oh, lector! á tocarlas, y sólo me decido á dejarlas aquí en mi memoria, para otra ocasión.

Baste ahora saber que van naturalmente á los toros, y allí, al sol, un sol de justicia seca, que desploma sus rayos ardorosos sobre la muchedumbre irgente de los charros, se agitan como locos, y de la masa enorme sale un

clamor soberano, un vocerío espantable, como si la «charrería» entera entrara en ebullición.

Aquella gente grita, vocea, pide, pide y no sabe qué pedir; si lo supiera, no pediría caballos, sino agua fresca.

A los toros se va desde el café, y al café se vuelve después de la corrida; no pocos charros creen todavía, no sin lógica, que sólo café puede tomarse en «el café», y sudorosos y agitados, cuando el cuerpo pide limón y leche helada, le dan un líquido hirviente y de muy mal sabor, como que procede...

“de los posos de los posos del
(café,,.

—Paece mentira, dicen hartos de razón, mentira paece que haiga personas humanas que tomen esto á diario.

La revolución francesa, la *Commune*, la de Septiembre nuestra, todo e- poco comparado al trastorno que en el estómago y *compañía* del charro produce aquella infame bebida.

Bonafoux tendría mucho que escarbar en este asunto.

El teatro espera y brinda al charro con todo un «paraíso» embarullado.

Allí es el desenfreno.

—Galán, apretai la voz, que aquí no se oye.

—Mátalo, reladrón, que bien ganao lo tiene.

—Abrazaisus bien, como si no hubia naide delante.

.....

Y bostezos que rompen un silencio trágico, y *azuzar* á los actores como se zumba á los perros, y comer sandía y tirar las *cuencas* á las butacas, y caer la gorrilla y quererse tirar detrás el dueño, y pedir á Don Juan Tenorio que mate *otra vez* al Comendador, y pedir «que le den la oreja» si lo mata bien, y decir á la *Africana* «agachaté que son pardales», cuando trémula va acercándose á la letal sombra del manzanillo entre los suavísimos acordes de la orquesta, que simula rumores de arboledas y débiles cuchicheos de las ave-cillas parleras.

Todo esto y mucho más en el teatro, y después, si que-

da un ratito, é las casetas de la «plazuela de la Libertad», donde *á la sazón* se vende y se subasta de todo.

Nuestro señor Manuel, con sus dos hijos, todo esto corrió, de todo disfrutó y aún más, porque vió también los *animales de la Universidad*, que con tal nombre designan los forasteros el gabinete de Historia Natural del Instituto.

II

ESTÁ la plaza de la Libertad en Salamanca destinada á vender cosas baratas de feria, de á real y medio la pieza, y sin que yo crea que aquí hubo intención de ello, es lo cierto que muchas veces resulta una relación graciosa entre el nombre de las plazas y el uso á que se destinan; conozco «plazas de la Constitución» donde exclusivamente se venden patatas, «plazas del Rey» convertidas en juego de azar



los domingos, «plazas del Mercado», en que exhiben sus gracias las señoritas del lugar y los más acicalados chicos del casino.

Pues en la plaza de la Libertad establecen sus tiendas los pobres baratilleros, en el sitio y hora que se le antoje á cualquier agente municipal.

¡Pobre gente!

Allí no hay vida sosegada, aquella caseta no merece al público el mísero respeto que se guarda al último miserable, el de las horas de comer; aquellos hombres y mujeres y chiquillos, entre sorbo y sorbo, cucharada y cucharada, tienen que atender á cualquier mocoso que viene por allí, tal vez á revolver y no á comprar.

A los pocos días una solemne tormenta de fin de verano, ó el temporal tranquilo y duradero de las primeras lluvias otoñales, pone la caseta hecha una lástima y en unos días no vuelve á pasar delante de la tienda más persona que el desabrido agente que va cobrando los puestcos: los compradores, por no *chapaletear*, no vuelven por allí.

Haya ó no gana de vocear, que no suele haberla más que después de comer y beber, hay que dar voces día y noche para hipnotizar á los niños y hacerles que lloren, tal vez de miedo, y marear á los papás y hacer que compren para tapar la boca á los chicos y á los voceadores.

Antes, la voz decía: «á real

y medio»; ahora dice: «á tres perras chicas», y es de esperar que de aquí á poco dirá: «á elegir á cinco céntimos, con regalo», y será ocasión de preguntarles qué linaje de comida emplean para su sustento, si es que se sustentan como el resto de los hombres, y dónde lo compran y cuánto les cuesta, suponiendo que comprenden algo, como no sea fiando en la bondad de corazón del vendedor, y en que éste, por sus pecados, quiera ofrecer sacrificios de caridad y misericordia.

El caso es que la gente pasa por allí y no repara en aquellos pobres feriantes que, por lo general, para pedir limosna, en vez de decir: «deme usted unos céntimos, que en

el cielo los encontrará», dicen: «deme V. tres perras chicas y lleve lo que más rabia le dé».

Suelen tener, y es natural, estos feriantes un humor endiablado, y ya sea con las señoras, que á veces los desesperan, ya con los chiquillos mirones, ó ya unos con otros, cuando no hay con quién, arman grandes y ásperas peleas, en que todo sale á relucir ; todo menos una peseta!

Los feriantes, que prefieren dar salida á sus géneros en solemne subasta, lo consiguen á costa de sus laringes, bronquios, pulmones y no sé si también hígado. Allí todo es rematado, es decir, todo se remata al fin y al cabo y

después de grandes poud raciones.

—Un reloj, un magnífico reloj de *oro-doublé* fino; las tapas son de triple juego, con incrustaciones de nácar, coral y otras piedras preciosas; esfera luminosa que se ve en un cuarto obscuro; tiene tres agujas finas de esmalte y la de segundos da mil vueltas por minuto, ó más si tiene prisa el que compre este reloj—risas en el público;—este magnífico reloj de *oro-doublé*, que en fábrica cuesta nada menos que veinticinco duros, y yo estoy dispuesto á comprarles á ustedes muchos por ese precio; un reloj, un magnífico reloj de *oro doublé* con máquina del sistema de «escape de áncora»,

remontoir, estuche de terciopelo, que sólo el estuche vale en fábrica 20 pesetas. ¿Cuánto vale para ustedes el reloj, el magnífico reloj?

—Dos pesetas—salta uno del concurso.

—¿Dos pesetas? ¿no vale más de dos pesetas el reloj, el magnífico reloj de oro double?

.....
Y para hacer subir de cinco pesetas el valor del reloj, necesita el pobre hombre recorrer veinte veces la tienda de un extremo á otro, y cambiar el reloj de una á otra mano, y dejarlo encima de una mesa con tapete rojo, y volverlo á coger y á soltar, y repetir *la lata* del magnífico reloj cuarenta veces, y coger

y dejar la campanilla que sirve para anunciar el remate, y amenazar al último rematante, y á todo el público en general con aquel repetidísimo «que se va á rematar», que en muchas ocasiones — y yo certifico de ello — hace sudar tinta de calamares al que se arriesgó á soltar palabra, acaso por el gusto de llevar la contraria á otro que antes la soltó, acaso por no ser menos que fulano, ó quizá porque entre aquel público está su novia, asustada de la valentía con que va á comprar el magnífico reloj.

Alguna vez, no rara, suele encontrarse entre el público pagano algún fervoroso *milano*, hermano, ó cuñado, ó compañero del dueño de la

subasta, con el sencillísimo propósito de hacer subir el precio de los objetos, y en último caso, quedarse con ellos otra vez, cuando la gente no ofrece cosa aceptable.

Y no faltan, para amenizar el espectáculo, *ratas* ingeniosos que *trabajan* á su manera mientras el de la subasta pierde la laringe, y aun subastas he conocido yo que sólo tenían de tal el nombre y el escenario, pues la tramoya verdadera se reducía á desbalijar al público respetable con habilidad, limpieza y elegancia.

Entrar en una de esas es lo mismo que caer en un cepo, y no en otra parte cayó el señor Manuel José con sus dos hijos María Manuela y

Juan Antonio, en justo castigo de su malsana curiosidad, que les hubiera llevado á ver el infierno, si allí la entrada fuera *gratis* al contrario de lo que es, pues no creo vayan allí muchos de los que van á donde se puede ir con dinero.

No había pujado más que una vez con voz fuerte y redoblada el señor Manuel, ofreciendo «catorce perras» por un espejo de lata con marco y todo, cuando se encontró sin reloj, no sin aquel magnífico reloj de la subasta, pero sin el propio que había comprado el año 76 cuando estuvo en Madrid para ver si veía al rey D. Alfonso XII.

Miró veinte veces; la *media vaca* y otras tantas el chale-

co, bajóse los calzones, por si acaso el reloj se había escurrido, y cuando la realidad acabó por convencerle, primero creyó morir, después se acordó de la difunta, luego de la burra, más tarde del rey D. Alfonso XII, quiso matar á todo el mundo, empezando por el de la subasta y acabando por Juan Antonio, que era tan bruto y tan *parao* como el *güe* del tío Domingo, que de puro *asina* como era, no sabía ni sacudirse las moscas con la cola.

—En *toa* mi vida *arrastrá* me ha *veníó* á pasar esto, y eso que estuve en Madrid el año 76 y había allí más gente que en un hormiguero.

Eso no es de hombres; cara á cara quería yo ver al *endi-*

no podria de miseria, *piejoso*, que me *alampó* el reló. Vamos de aquí muchachos, que hay aquí más ladrones que en un concejo *estropeao*.

Y diciendo y haciendo, salieron de allí los tres, no sin volver el señor Manuel la cabeza para decir al concurso: —¡Traga alubias!— que viene á ser así como *servum pecus*, y quedarse luego á gusto como el explorador que, al verse perseguido por los indios, se vuelve á ellos y los llama con toda sus fuerzas «animales».

No es el charro hombre que se resigna en cosas de dinero, y tan cierto es esto, que toda la tarde y la noche la pasó el señor Manuel mareando á todos los guardias

municipales, á todos los agentes de vigilancia, á todos los serenos, al Alcalde y al Secretario del Gobierno, al Juez municipal, al Diputado que salió por el pueblo, al guardia civil que comió una vez en casa, al Administrador del *amo* y á la mayor parte de los transeuntes, á quienes paraba en medio de la calle para soltarles el mismo sonsonete:

— Aunque sea mal preguntado, usted ha visto un reló que compré yo mesmo en los Madriles el año 76, cuando fui á ver si veía al rey... porque pá su gobierno de usted, que me han robao el reló en la maldita plaza de la Libertá, que aunque no la hubiá pisao en mi vida, no perdía ná... Bien

me decía la María Rosa, la del señor Maestro, no vayas á la feria, que tú eres un animal de *cebá* y el muchacho un *güe* modorro, y sus van á dejar sin patas sin que sus déis por enteraos.

III

SENTADA en la caja donde estaban las compras, iba María Manuela de vuelta al pueblo, recordando, entre el traqueteo del carro, lo más dulce y sabroso de su pobre cultura literaria: aquellos versos que aprendió cuando por *Corpus* hizo de D.^a Inés.

Dichosa vos que del claustro
al pisar en el dintel
no os volveréis á mirar
lo que tras él dejaréis.

Lirio gentil cuyo talle
mecieron sólo tal vez
las embalsamadas brisas
del más florecido mes.

Aquí á los besos del áura
vuestro cáliz abriréis,
y aquí vendrán vuestras hojas
tranquilamente á caer.

Y en el pedazo de tierra
que abarca nuestra estrechez
y en el pedazo de cielo
que por las rejas se ve

.....

Despertó la atención de la
muchacha este último verso,
y fijáronse sus ojos en el pe-
dazo de cielo que servía de
marco á la silueta de la ciu-
dad y en el trozo de tierra que
servía de fondo al paisaje.

Era el cielo azul sin una
mancha.

Veíase á la derecha la lar-

ga línea del contorno de las casas de Salamanca, cortada á ratos por la mole inmensa de los monumentos, y terminaba la línea por la izquierda en la negra sombra de la estación del ferrocarril, señalada por el humo de las máquinas.

Allí á mano, en lo hondo, cuatro árboles altos, pelados, en los mismos huesos como quien dice, alzando su fea catadura sobre el Cementerio, ¡sobre la obra de los hombres! y en contraste continuo y notable con la frondosa alameda que señala el rumbo del Tormes; con aquel campo llano y extenso que reposa entre la ciudad próxima y la remotísima sierra; con los pizarrales de la iz-

quierda verdinegros; con las tierras rojizas, surcadas, melancólicas; con aquel monte espeso que por el otro extremo cae á la espalda señalado por las encinas y jarales del huerto, en una frase ¡con la hermosa obra de Dios!

El encanto especial de estas tierras castellanas, que no tienen nada de montañosas, ni de abruptas, ni falta que les hace para ostentar una grandeza tranquila, una poesía sencilla, y tal vez triste, acabó por impresionar el alma y los ojos de aquella muchacha, hechos para ver un cielo limpio y un campo abierto y anchuroso.

—Paece que vas eclisá como el sol allá por Mayo, —dijo el señor Manuel.

—To, y ¿qué voy á decir?

—Mía, pues, cuenta la relación de los ladrones de Coquilla, que ya la has aprendió bien.

—Allá va:

A la aurora más sagrada,
María, de gracia llena,
pido luz para que pueda
explicar en esta plana
el caso tal como fué
sin rebajar ni añadir,
si ustedes quieren oír,
atención y empezaré.

Nueve ladrones montados
se presentan de repente
en casa del buen Vicente,
del todo bien preparados.

Francisco Herrero Moreno,
capitán de la cuadrilla,
no se presentó en Coquilla,
pero sí sus compañeros.

Éste nació en la Puebla,
y no del todo criado

á Salamanca ha marchado
donde seguirá su huella.

.....

No sé, lector querido, en qué pararía la huella del romance, del que no pude tomar más que lo apuntado, y eso porque el paso lento de los bueyes lo permitió y el ronquido del carro no era bastante á borrar la voz, amanerada, cargante, romancera de la muchacha, cuyo tonillo de D.^a Inés sólo se aprende al igual de la *u* de los franceses y la *b* de los italianos, de viva voz y no de referencia.

Todavía, al dar el carro la vuelta para salir de la carretera y entrar en el camino perdido, se oyó la voz de la

cómica de pueblo diciendo las populares coplas que forman el repertorio, el encanto, el embeleso del charro, y son su *Quijote*, su *Bertoldo*, en una palabra, su *Larousse*.

Y decía la voz:

Entraron en el ventorro
con la disculpa del frío,
y aguardan que marche un tío
que tiene trazas de zorro.

.....

Ya no pude oír más.

Siguió el carro su camino,
perezoso y tartaleando y yo
me vine á arreglar estos
apuntes pensando en lo que
es, lo que encierra y lo que
ofrece la poesía popular.

En estos pueblos de Sala-
manca, al pié de la pared de

la iglesia, en el blanquísimo portalón de las casas, allá en los surcos de la fecunda tierra ó al calor de la reseca parva tendida al sol, no creas lector que cante el charro, como el gallego las gracias de Galicia ó el montañés las *virtudes* de un árbol simbólico, no; aquí se canta al cerdo por lo que tiene de suculento y á la *moza* por lo que tiene *de resalá*

Modelos de esta última clase de dulces y monotonos cantares no hay para qué citar, pues el asunto bastante cantado está desde que las muchachas dieron en agradecer á los muchachos y viejos y decrepitos y éstos en sentir en el corazón to una literatura que será la última en

olvidar el *homo amans*, que diría Linneo si hubiera hablado con sinceridad.

Lo otro, lo del cerdo, sí que es preciso demostrarlo, porque á la verdad, el tema es de una bucólica especial á que todavía no ha llegado el modernismo.

Para muestra, allá va un botón que he encontrado en Barbadillo, pueblo del riñón y del estómago, de la tierra de pan llevar y chorizos traer.

El poeta exclama haciendo el recuento:

Señores, voy á empezar
por el mayor hacendero.
Sabel María la Jara
ocho garrapos muy güenos;
Juanito Macarra, dos,

lo cual uno está laero;
 otros cinco le conté
 á un tal Ventura Mediero.

.....

Et sit de cæteris; todo un
 diccionario de Baylle-Bai-
 lliere de la porquera.

Es esto una desviación de
 la musa, un desatino poéti-
 co en toda la deformidad de
 la palabra, pero del hombre
 que lo ha hecho, puede ase-
 gurarse que le da por los
 versos, y allá en el cajón de
 la mesa guardará alguna co-
 pla más fina y donde vibra-
 rá, mal ó bien, algo que no
 todos saben, que no todos
 sienten; la dulce manía de
 vivir echando en las mise-
 rias un trozo de azúcar, le

tendrá cogido á aquel hombre, y para mí al menos no hay diferencia esencial entre el placer que siente el porquero de Barbadillo al hacer sus coplas y el que sintiera Becquer al derramar el alma en las cuartillas.

Es digno de observarse esto de no encontrar un pueblo, ni un rincón, desprovisto por completo de *literatura*, que será alpestre, que será *cochina*, mala, horrorosa, todo lo que se quiera, pero que revela que hay allí gentes que procuran subir sobre el nivel de los demás, y no por contar una pareja más de bueyes, sino por expresar algo en forma de versos ó por recitar los versos de los poetas.



Es hermoso esto de que hay quien emprende la dureza de la labor, destroza los terrones, muele la paja, da la vuelta á la parva, al aire, al frío, al sol, á la lluvia, de día ó de noche, y al mismo tiempo trae á las mientes un dulce recuerdo de la santa poesía.

IV

ESTABA el pueblo revuelto.

—¿Pero cómo fué?—
¡San Juan bendito!—¡Santa
María Magdalena! - ¡Dios
eterno!—¡Tened misericor-
dia de nosotros!—¡Jesús, có-
mo pasan las desgracias!—

.....
.....

¡Santos de mi devoción, *orate
pro nobis!*, decía el señor Cu-
ra entrando á todo correr en
casa del señor Manuel.—
¡Ánimas benditas! ¡Probita!
—*Lo cumplía que era!*—¡An-

gelito, y ahora que florecía la muchacha! — ¡Santita, y que no se metía con naide! — ¡Era como el pan, una gracia de Dios. — ¡Ahora que se había comprado cuatro varas de indiana, que las traía en el arcón del carro.

— ¡Infeliz, *desgraciá*, y qué bien que echó el papel allá por *Corpus!*....

.....
.....

Estas y otras exclamaciones, acompañadas de lamentos, alaridos, gimoteos, se oían á la puerta abierta de la casa, por donde ya no podían entrar más charras ni charros.

¡Qué lablar, qué llorar, qué contar, qué recontar... y qué olor!

En la cocina, sentados en el escaño, el señor Manuel, el señor Cura, el señor Médico, el señor Maestro, el señor Juez; todo el señorío y todavía sobraba escaño para otros tantos.

En los tajos de tres patas, en las sillas de la sala, traídas y llevadas de un lado para otro, en el arca del pan, en la socampana de la chimenea, en todas partes, la gente que había logrado entrar, y ver, y cir, para después charlar eternamente.

Hablaba el señor Cura, á quien ya el pobre señor Manuel había contado el trágico suceso, y acostumbrado á las disertaciones del Seminario, pueden distinguirse, como verá el lector en la des-

cripción, algunas de las partes que las *Retóricas* asignan al discurso.

Hay cosas, decía, que sólo viéndolas se creen, porque si bien es cierto que, por ejemplo, yo no he visto la China, donde se han matado los hombres como chinos, y aun como chinches, según cuenta el periódico mío y el del señor Médico; si bien es cierto esto, no lo es menos que es una gran verdad que todo eso de la China hay que creerlo, y eso es la fe humana que decimos nosotros.

Y vengo al caso, y por de contado Dios os libre á todos de semejante desgracia, hijos míos, porque habéis de mirar esto de salir para la feria de la ciudad sanos y

buenos, con un carro como el carro del señor Manuel, que no está por menos de 2.000 reales, y parecía tan fuerte, á divertirse y ver mundo, que tiene mucho que ver, y volver al pueblo con la hija muerta, ¡descuartizada!

.....

—¡Ay, hija de mi vida!

—¡Ay, María Manuela!

—¡Ay, pobrecita!

—¡Ay, galana!—interrumpieron á gritos.

—Vamos, sosegarse todos, que el caso no es para menos, ya lo veo, pero hay que tener resignación.

—Venían, como digo, tan contentos el señor Manuel, María Manuela, la pobre, y su hermano Juan Antonio,

que no se separa el infeliz del cuerpo de su hermana.

—Venían tan contentos y habían dado la vuelta de la carretera, allá por la subida del regatón, junto á la peña del lagarto, según se sale del desmonte que hicieron para sacar la piedra del molino, y la María Manuela...

—¡Ay, probita!—volvieron á interrumpir.

—¡Qué atendía era pa todos!

—¡Ay, qué bendecía de los pidientes!

—¡Ay, ánimas benditas de mi vida!

—Venían, como iba diciendo, alegres y contentos. cuando, ¡ay, Dios mío, que no somos nada!, al dar la vuelta el carro en aquel trozo levanta-

do del camino, cerca del puente del regatón, que no llevará de altura más de cinco ó seis varas, cuando sin saber cómo ni por qué, que hay cosas que no se creen como no se vean, se le saltó un *indiesto* del *deshojao*; el Bermejo, que tiene todavía la sangre nueva, reuló, ladeando el carro; Juan Antonio le picó en las ancas, y el buey abrió la cola con brío, bajó el yugo hasta dar el vencejón contra el suelo; volvió el carro á la izquierda, de repente se echó atrás el animal con fuerza, y allá fué el carro á trastornar en el mismo borde del camino.

Todo ello obra de un momento; Manuel y el muchacho atendiendo á contener al

buey, y la pobre María Manuela despedida por el golpe del carro y rodando por la falda abajo, pegando en las piedras hasta caer como quien cae en la sepultura, y quedar allí manando sangre, sin sentido, despidiéndose á gritos de esta vida y entrando en la eternidad.

Lo demás, hijos míos, no puedo ya contarlo.

.....
.....

Terminó el señor Cura con las lágrimas en los ojos, y ¡raro prodigio! apesar de que allí había tantas mujeres, nadie rompió el silencio con palabras, y sólo los sollozos hablaron en aquel triste lugar.

Allí cerca, casi tabique por

medio, en el cuarto principal, veíase tendido en un paño negro el cuerpo frío de la pobre muchacha, con la cabeza abierta, la sangre cuajada sobre el rostro amarillo, los ojos abultados, los labios cárdenos y secos, las manos desgarradas.

Y allí, al lado, el pobre hermano de María Manuela como la estatua del dolor.

YA estaba el campo verdeando otra vez desde que las primeras lluvias otoñales alegraron la yerba de los prados y germinaron á su frescor las semillas caídas en los surcos.

El sol de Septiembre es por estas tierras un sol especial de luz menos blanca y más dorada que el sol de la canícula, y viste los paisajes de un color más simpático y alegre, apesar de que en los rayos menos vivos y ardo-

rosos, y en las tinta: más suaves y extendidas, presagian los ojos aquellos cuadros tristes de la lluvia pesada y el frío enervador, y adivina el alma aquella melancólica luz del día de las ánimas.

Saliendo por la calle Empedrada, donde los cantos de canto parecen puestos adrede para molestar al caminante, dejando á un lado y á otro los terribles *potros* de seis árboles enteros, dos á dos, en horquilla, para herrar los bueyes, se abre la planicie gallarda de las eras, poblada entonces por manadas de pavos cobardes y sosotes, de aquellos de «que pocas Navidades contaron mis abuelos», piaras de cerdos

que al chasquido de la tralla corren como locos, yeguas y caballos bizarros, inquietos, disfrutando de aquella libertad en que lucir las gallardías trotando, con la cola en plumero, la crin erizada, y el arco del cuello erguido y presuntuoso.

Los parados bueyes pastando lentamente. Los aguiluchos y las alondras, las moscas pegajosas y las gallinas poco ó nada escrupulosas, componen la fauna del lugar y la flora en este tiempo no la busquéis por parte alguna.

La alameda que allá lejos se ve, más allá de «la puente», entre Aldeagorda y Aldeafaca, da la madera para construir; las tierras rojas

que cercan la guía, proporcionan el barro para el tejar y con ésto y las habilidades del sacristán, que ora blanquea, ora labra las vigas, ora compone los trillos y todo lo hace muy ma', está todo en el pueblo arreglado y compuesto.

El monte aquel que se ve como una mancha caída en un tablón, es el *Encinar* y no desmiente al nombre; allí se apalean los conejos y todo el mundo podía comer bien y nadie venir *desamparao*, si no fuera porque el *amo* de la finca tiene el capricho de cerrarla.

Y á lo largo y á lo ancho, el campo medio *agostao*, medio alegre, hermoso por su grandeza y por su fecundidad.

Estos caminos, lector, iba siguiendo el entierro de María Manuela, la hija del señor Manuel, el primer *hacendero* del lugar.

Delante, la Santa Cruz bendita, y después, el señor cura que acompañándose del sacristán, como se pudiera acompañar de un fagot y una flauta en una sola pieza, canta lo terrible, lo grande, y sin embargo lo que casi nadie sabe.

Sepulchrum patens est guttur
(*eorum.*

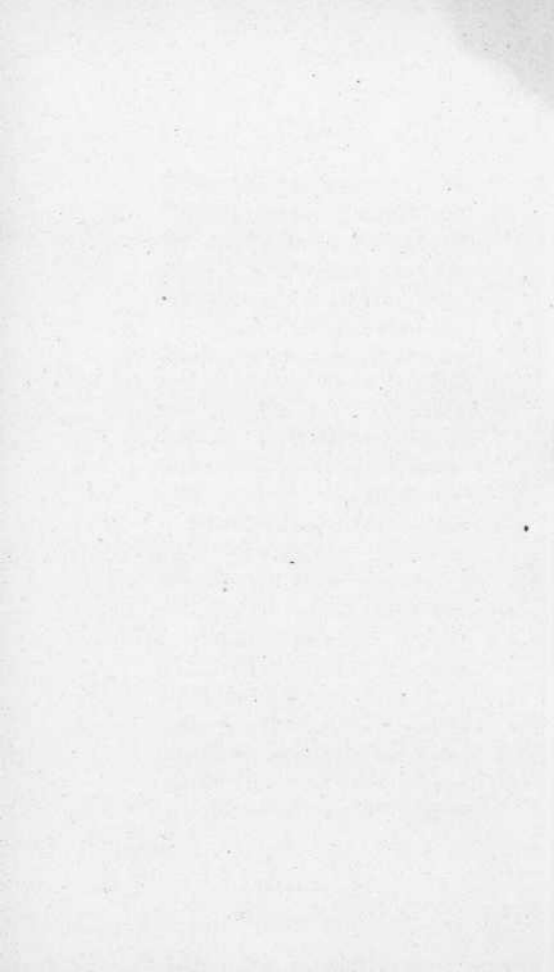
.....

A los lados de la caja blanca con el manto azul de Hija de María, los pidientes de toda la comarca venidos hasta

de ocho y diez leguas á la redonda al olor de la *caridad*, que aquel día consistía en una libra de pan de toda harina.

Y detrás, los hombres sudando el quilo bajo la anguarina y la gorrilla echada sobre los ojos, con las manos cogidas al *pañó*, callados, serio y tristes: las mujeres con la s yaguésa verde y negra y el pañuelo bien apretado, las faldas negras ó verdes, los ojos llorosos, el pañuelo de yerbas emp'eado como papel secante, mirando de vez en cuando los rizos de la palma que adorna la caja, dando suspiros más ó menos altos y sinceros y deseando llegar al Campo-Santo para no perder ripio en el

entierro, para ver si el señor Manuel ha puesto á la muchacha el pañuelo que le costó cuarenta duros, los zapatos con ramos que trajo de Salamanca y la sortija de oro con el diente de la abuela Nicolasa.



VI

CAYÓ la tierra sobre la pobre muchacha y quedó el tío *Barrunta*, el sepulturero, encargado de arreglar al día siguiente la pizarra.

Parientes, mozos, tías y tíos volvieron en masa á ver al tío Manuel y «hacer el duelo», que á veces parece «hacer el bobo»:

Por estas tierras salamanquinas todo se arregla comiendo y bebiendo, y en efecto, ya estaba todo preparado para el duelo... estomacal.

Allí el cordero *asao*, los gallos con arroz, el lomo en tripa, el chorizo gordo, el jamón *colorao*, el vino alegre y todo oliente, picante... ¡la lujuria de las tripas!

Comieron y bebieron entre suspiro y suspiro las mujeres, entre ¡qué se le va á hacer! y ¡qué se le va á hacer! los hombres, entre risa y pellizco los muchachos.

Vino, después del vino, la modorra general, y cada uno fué diciendo lo que pudo al retirarse á su casa.

—La pobre, ahora que soltaba la coyunda...

—Señor Manuel, no somos naide, hoy por tí, mañana por mí, y *pallá* iremos *toos*, y que no sirve plantarse, que *arrempujan*.

—Yo siempre dije que era *mu fina pa charra*, y el carácter lo decía que *pallá dentro no había enjundia*

—Ahora, señor Manuel, no *d jarse*, que ya no se adelanta *na*.

—A comer bien *pa* que el cuerpo *puea* c n las penas, que pesan más que el *arao*

—A ver si *pa* ocho días vas por el soto de Moronta *pa* arreglar la *mojá*.

—Que *haiga salú*.

—Que ya sabes dónde estoy.

—Que *pa* nada valgo, pero...

—Que *toos* servimos en las *nes ciudades*.

—Que no hay hombre sin hombre

—Que no dejes de cenar.

—Que aunque sea poquito, un cacho de lomo *asienta*.

—Que tengas resignación y no te apures, hombre, que María Manuela era buena y ya estará con su madre en el cielo,—dijo el señor Cura.

—Que no dejes de tomar eso que te he mandado para anestesiar los nervios y volver al sistema céfalo-raquídeo la tensión normal, al mismo tiempo que el corazón regulariza sus cardiacos movimientos—dijo el médico.

—Que vayas aprendiendo, Manuel, á morir, que este mundo es una escuela de ambos sexos—exclamó el pedagogo del lugar.

Y unos sollozando y otros

en silencio, «de la triste casa se fueron saliendo».

Quedó el señor Manuel *sentao* en el escaño, á solas con su alma y con su pena.

Su dolor no era el dolor loco, que dice y hace locuras porque cae en espíritus débiles y en cuerpos enfermos; era un dolor robusto como el charro, tranquilo como el otoño, allá dentro metido como entra la reja en la tierra, removiéndola, volteándola, haciéndola pedazos y dejando detrás el surco abierto, que después endurecen los ardores del sol, el *secano* del viento y los hielos de la invernada.

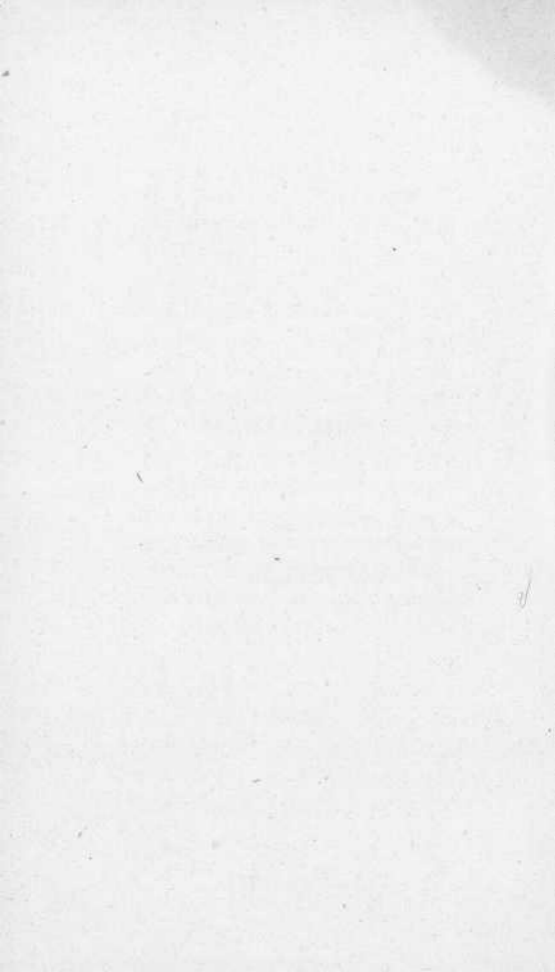
Aquella pena no necesita agua de azahar, ni vino de peptona; no se cerrará la he-

rida nunca, pero la sangre se restañará con el saludable y vivificante aliento de la fe y el poderoso impulso del trabajo.

El señor Manuel, según su frase, quedó *agostao*, pero bien pronto su pensamiento había de distraerse, honrada y debidamente, en pasear por la tierra de barbecho, echando cuentas, y su cuerpo enérgico y sanguíneo había de vencer con un cansancio sano y bueno á todos los sueños tristes y á todos los recuerdos dolorosos.

FIN

EL MISERIOSO



EL MISERIOSO

I

HABÍA concluído la vendimia y cociendo estaba con la *madre* el mosto abundante.

Lo de menos es en Villamedrada el vino y lo de más substancia las algarrobas, el trigo y la cebada; pero de siempre se había venido viendo verdear cuatro viñas en el «cerro de la andadura» y

no es el charro hombre que cambia de costumbres.

Con Octubre empezó, pues, la faena de arar la tierra para extender la semilla en los hambrientos surcos y el tiempo *amoroso* ayudó la labor ablandando la tierra que se-
có el verano y desarraigando el amarillo rastrojo de la pasada cosecha.

El campo en Octubre tiene una cara especial y el campo de Villamedrada especialísima.

Viene la carretera de Salamanca bajando, bajando; cruza el pueblo por la calle — llamémosla así — de la Calzada y sube otra vez por el lomo de la cuesta grande, remontándolo para dar vista al molino y seguir después

cortando la alameda hasta quedar allá muy estrecha bajo la bóveda de los árboles en dulce y tranquila sombra.

La masa verde oscura del monte de Santibáñez, corta los vuelos á la vista, ya bastante limitada por las corcovas de la tierra que va levantando aquí y bajando allá, el fondo del paisaje y las copas de las encinas; con estas bajadas y subidas de las quebradas del terreno, cambia el color de la masa que ahora parece verde aceituna, en lo que solea la luz, y más allá tira á negra ó al menos á «siena» tostada, allí donde un recodo muestra un buen golpe de árboles ó donde la ladera sombrea los jarales.

Donde acaba el monte co-

mienza el árido secano, las tierras de la Tartalera, las heredadas de Villamedrada, partiditas en trozos, sin otro incidente que llama la atención que las parejas de bueyes y los pacientes labradores que van labrando la tierra para hacer la cama á las algarrobas y al trigo, y las durmientes canciones que parecen encerrar las virtudes del beleño y los olores del tomillar.

En cambio del otro lado se enlaza la sombra de las encinas con la presuntuosa gallardía de los olmos de la arboleda de Zorita, lejana todavía, y algo se prolonga la fronda deliciosa para cortarse de pronto y dejar el campo otra vez á lo desnudo

de los surcos que se cruzan ó se enlazan ó se juntan en original tablero de ajedrez.

No es escasa la belleza que resulta de este «troppo variar» tan alpestre y tan amable, ó al menos así parece al castellano neto que *siente* una naturaleza llana y extensa, sin montañas excelsas ni valles abismados, y no se necesita ser kantiano para creer en este subjetivismo tan sencillo.

En el fondo de la cuenca, que forma como un barco señalado bien claramente por la blanca carretera, se ve la torre cuadrada de Villamedrada y las casas del pueblo, con ese color tan característico de la mezcla de

piedra gris, pizarra oscura y barro ferruginoso.

Aquello que á la izquierda parece un corral es el campo santo, y aquello que á la entrada del pueblo parece un cementerio es un corral convertido en tal cosa por el sencillísimo argumento de «á la casa quítale el techo y cá-tala corral hecho».

Bien surcados están los cerros de «la raya» y no es cosa tan fácil la labor, pues al subir va el arado al aire y sólo al bajar viene rasgando la corteza que las lluvias del otoño han refrescado.

Un golpe de viñas adorna el lomo del cerrillo más em-pinado y en la falda la llanura de las verdes eras, de mil yerbecillas distintas al-

fombrada, ofrece banquete sin tasa á los bueyes, que al caer la tarde vuelven del trabajo, y á las ovejas que por los cerros no sembrados van bajando.

A lo largo, la reseca carretera cruzando el pueblo por la mitad y subiendo después por ambos lados en cuestras respetables que remonta por una parte para dar vista á Salamanca y por otra á la alameda de Zorita, y viniendo á pintar un paréntesis en blanco en medio del sabroso párrafo que los ojos leen en los campos que el hombre labora y en los más hermosos que deja por trabajar.

Allí estaba el Sr. Juan Vicente montado en un potro de tres años, por cierto por

domar, presidiendo la faena de seis parejas de bueyes que andaban arando; al frente de una de ellas iba Isidoro, muchacho de quince años, hijo de Juan Vicente.

Es la historia, que por fortuna, no es rara por aquí.

Como hijo de labrador que tiene más de tres parejas, ó coge más de cien fanegas, el muchacho fué *pá estudiar*, tal vez por aprovechar cuatro libros viejos (el *Gury*, su *De locis* y una de esas bibliotecas predicables que tanto estrago hacen en los púlpitos); estuvo en el Seminario de Ciudad Rodrigo cuatro años de *humanidades*, y el muchacho, que no había nacido para Obispo, gastó 5.000 pesetas en vano, hasta que

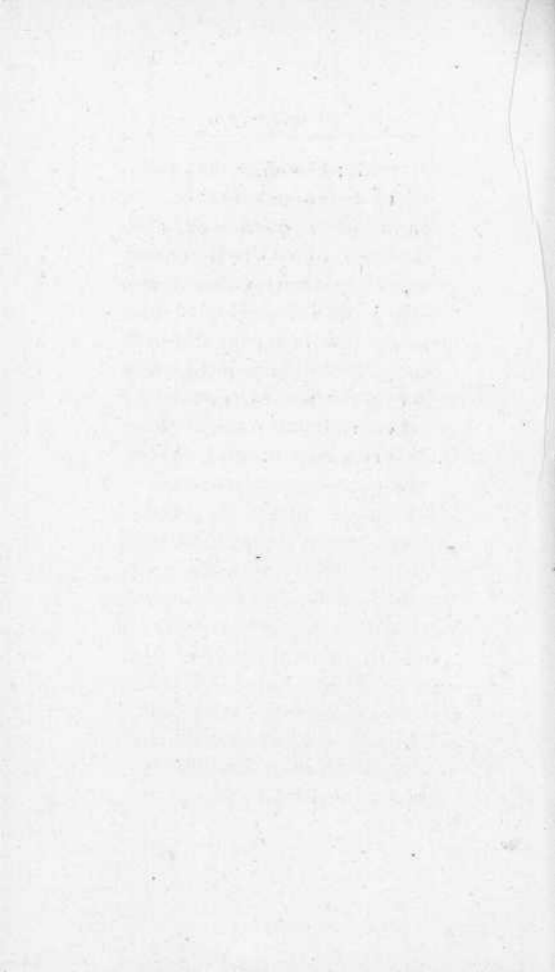
su padre se convenció de lo que debían convencerse tantos y tantos, de que había nacido el chico para labrador.

Compróle dos parejas más y lo que éstas labraran, y á vivir, es decir, á arar, aricar, binar, arrastrar, acarrear, trillar, tornar, limpiar y... vuelta á empezar. Levantarse con el día, salir al campo cantando ó gruñendo, —que esto no es esencial,— hacerse amigo del sol y del cierzo, del hielo y de la niebla, del agua y de los truenos, comer mucho pan y mucho tocino y no poco chorizo, beber largo y tendido, bailar los domingos por la tarde y jugar á la pelota ó la *calva* por la mañana, confesar con el señor Cura lo flaco y en

Salamanca lo gordo, echar el ojo á la tierra que el día de mañana ha de llevar la Fulana, casarse luego con ella, tener cuatro ó catorce muchachos, ser alcalde ó juez municipal, y terminar la *Iliada* ó la *Odisea* en aquel Camposanto que, junto á la iglesia, ostenta una cruz y un árbol alto y melancólico, á cuya sombra tranquila descansan los restos de muchas pasiones, más que amorosas, eróticas, de muchas intrigas, más que nada envidiosas, de muchos afanes por un par de bueyes ó por un jaco matalón.

El padre de Juan Vicente se había casado con su mujer porque ésta tenía una *quiñonada* junto á las tierras que

él tenía; el señor Juan Vicente logró casarse con la dueña de las *quiñonadas* vecinas é Isidoro quería casarse, como es muy natural, con la hija de Indalecio, el dueño del predio cercano; con lo cual, la hacienda paterna se arreglaba por el mismísimo procedimiento que se han desarreglado algunos reinos.



II

AMANECIÓ un domingo de fin de Octubre, ni claro ni lluvioso, más bien dormilón.

La gente, hecha á madrugar toda la semana, esperaba en las puertas de las casas ó en los troncos tumbados en las calles, la hora de la misa, mientras el sacristán iba tocando la una, las dos, las tres con pesadez notable.

Dió la campana *las muchas* y los hombres, que arrimados á la pared de la iglesia tomaban el cacho de sol que

las nubes despreciaban, fueron entrando perezosos con la *anguarina* echada los viejos, de blusa otros y de chaquetilla los más.

Ya allí estaban las mujeres sentadas en el suelo delante de las *candelarias*, atizando y encendiendo las velas y los hachones que, según vieja y sana costumbre, arden en recuerdo de los muertos, y son el más vivo y fervoroso de todos los obsequios materiales en sufragio de las culpas de los hombres.

Parece aquello un día de difuntos al que no está acostumbrado á verlo todos los días.

En los bancos señalados con el nombre de la cofradía, van tomando sitio los

hombres del lugar, empezando también por orden de antigüedad y quedando atrás muy cerca de la puerta los mozos menos piadosos y los muchachos que han de tocar la campana para hacer señal.

Del lado del Evangelio se colocan los chicos de la escuela con el señor Maestro á la cola, sentado, muy sentado en un sillón de baqueta con cada clavo como un puño.

No están muy quietos ni muy devotos los muchachos, pero vaya usted á saber si estarán más, aunque no se muevan, los charros de los bancos ó si pensarán en las ovejas ó en los surcos más que en los consejos del señor Cura que explica con sencilla y hermosa predicación, los

hermosos y divinamente sencillos pasajes del Evangelio.

De vez en cuando un eructo de charro bien almorzado, un ¡ay ánimas benditas! de una viuda, un berrido de un muchacho, rompen el relativo silencio que dejan las oraciones á voces del Sr. Cura y las respuestas á gritos del monaguillo, que con un oído está á los amenes y con otro al *Quico*, que desde el banco le hace unas señas poco tranquilizadoras para ventilar al salir de misa no se qué cuestión pendiente sobre quién sostiene mejor en la barba el palo del apaga-velas.

Lo demás de la misa no ofrece cosa de contar, como no sea el que *echa* la Epístola y está á punto de echar

con ella la garganta; y el oído que ponen las tías para averiguar los años de la fulana que aquel día se *apregona* ó se *descalabra*, que de ambos modos expresan un mismo concepto.

Algún que otro pescozón se reparte á los muchachos que no se están quietos y alguna impaciencia por la subasta se revela al final.

*
* *

Uno de Ayuntamiento, á falta del señor Alcalde, que está «*pa tierra* de Ledesma», sirve de núcleo para un corro que se forma enseguida con objeto de subastar el estiércol de las ovejas para toda la semana.

Los tíos, con gran solemnidad, están de pié con los brazos invariablemente cruzados, y los ojos mirando al suelo, con el cigarro en el mismo borde del labio y la gorrilla echada un poco sobre los ojos.

—Vamos, á ver si esta semana sube más la cosa, que sino poco engorda el Concejo, conque *arrimai*, muchachos, y no haiga cuidao.

—Pa mí, doscientos diez, dijo el de la otra semana.

—Hombre, aunque no sea más que pa quitártelo de la boca, doscientos cincuenta.

—Y uno, prorrumpió el yerno del señor Alcalde, con una gallardía muy superior á los 251 reales.

—Trescientos y me la que-

do, dijo el tío *Pinturero*, así llamado por la *fantasia* que gastaba de ordinario.

—Echa baba, mocoso, dijo el yerno de la otra vez; yo doy uno más.

—Paeces el as de oros, siempre quies mandar; van 310, dijo el de la otra semana, y medió un silencio.

—Vamos, *animaisos*, no sos dé vergüenza, que todos semos del pueblo.

Mirai que me voy hartando y no va á salir de mano del *Torzón*, que se va á corromper de tanto estiércol, dijo el concejal.

—Pallá abajo viene el tío *Abundancia*, que sus va á echar la pata á todos.

Subía poco á poco la cuesta de la iglesia el tío *Abun-*

dancia; y no era, por cierto, escaso de humanidad, ni de carne ni de hueso aquel Mastodante de calzón y media bota, que según la opinión de aquel concurso, traía cara de *arrestao*.

—¿A cuánto habéis llegado?

—A los 10 por cima de 300.

—Pocos ánimos, dijo el tío *Abundancia*.

Como tuvieran tanto tiento en la lengua las mujeres, no habría muchas cuestiones como la que han tenido ahora mismo la tía *Aguza-nieves* y la *Pulía*.

—Otra, ¡qué leña! ¿se han agarrao?

—Na más que un poco. Ya venía picando estos días la tía *Pulía* á la otra, sobre si el *Miserioso* dejó mo-

rir á su padre de nescidá, teniendo él solo más *quiñones* que tóos vosotros juntos y más potestá que un Obispo, y la *Aguza nieves* salía por el *Miserioso*, echándole á la cara lo del *Cubano*, que pa poco hace un año que vino y ya dejó rastro en el pueblo.....

—Vamos, muchachos, dejáros de cuentos, que aunque se mataran las dos no se perdían las algarrobas—dijo el concejal—¿arrimáis más de los 10, sí... ú no?

—Voy por los 20—relinchó el yerno del otro.

—Y yo por los 21—dijo el *as de oros*.

—Pues no te lo has de llevar, codicia.

—Me paice que vusotros

queréis estercar con saliva
—dijo amostazado el conce-
jal.

—Va por la última.

—Ajunto los 30 y á escar-
dar, y dió media vuelta Epi-
fanio, el de la otra semana.

—Pa que no andemos más,
ahí voy con 350, dijo con
concluyente ademán el tío
Abundancia, y se quedó de
gallo en la subasta.

.....
... ..

Y fueron bajando la cues-
tade la iglesia, echando unos
para el otro barrio (no para
la eternidad), otros por el
lindón abajo y los demás por
los varios carriles que á ca-
da calle y casi á cada casa
conducían.

El señor Cura el señor Mé-

dico y el señor Domingo, á jugar al tresillo; el Secretario, el Juez y el Alcalde á armar un lío de papeles ó de pleitos en la casa del concejo; el Maestro, á dar la última mano á los muchachos y meterles en la cabeza los versos de marras:

Los alumnos de esta escuela
os dan, señor Inspector
la cumplida enhorabuena
y bien venida, señor.

Venís con honrado fin
á visitar la instrucción,
y no os faltarán aquí
la gratitud y el amor.

.....

Y los demás vaya usted á
saber á dónde van; á poner
las calabazas en el tejado, á
arreglar la leña de la *tena-*

da, á dar una mano de cal á la cocina, á escribir una carta que dió principio un mes antes y dará fin dentro de un mes, á echarse por cima la *anguarina* y dar una vuelta por casa de la tía *Tortovila* para ver en qué quedan, y si se *apregona* ó no la muchacha, y con qué cuenta el *Mortero pa* mantenerla, y á ver si cuadra ó no cuadra, porque la verdad es, que como codicioso lo es el galán y hombre que pinta para todo, y que lo mismo se pone en forma para labrar la tierra, que tiene arte para hacer una silla ó un colchón por doce perras y mantenido.

III

POR no tener que hacer, el señor Juan Vicente se quedó armando un cigarro á la puerta de su casa, y no tardó en saludarle con hipócrita afecto el *Miserioso*.

Sólo este nombre basta para biografía; miserable quiere decir cosas más gordas, más malas, para las cuales se precisa ser un perverso ó un dominado en grande escala por el vicio de la *tacañería*; *miserioso* expresa bien otra idea.

Miserioso es un hombreci.

llo, de cuerpo pobre y mal criado, tal vez sietemesino, con cara menuda y triste, de hambre retrasada, que ni come, ni duerme, ni sosiega de tanto pensar en guardar, no mil duros, sino dos reales; hombre para el que no hay domingos, ni pascuas, ni ferias, ni nada más que *arañar* á todas horas, en todas partes, en el pueblo, en la ciudad, en veinte leguas á la redonda, y á la larga, y en todas direcciones, y no porque le haga tanta falta, sino tan sólo porque le tiene cogido el vicio de la ambicioncilla pequeña que saborea una peseta y no tiene paladar para mil reales.

Todo eso quiere decir *mi serioso*, con que el lenguaje

popular, verdaderamente filosófico y sabio, representa una idea difícil de simbolizar con cuatro sílabas.

Decía Capmany, en su *Filosofía de la elocuencia*, que la mitad de la lengua castellana está enterrada; no: está dormida tan sólo, esperando á que vengan por estos pueblos, donde duerme, gentes que la hagan nuevamente despertar sin que ella se aperciba.

Todo eso que queda dicho era el *Miserioso* de Villamedrada, y por todo estaba á mal con todos sus convecinos, y á peor, si vale la frase, con el señor Juan Vicente

—¿Qué hace pa qui el hombre?, dijo el hombrecillo.

—Poca cosa, contestó secamente el señor Juan.

—Paece que torna el aire.

—Ayer tarde cortaste una encina pallá pá la linde, que lo menos te da pá cuatro cebaderos.

—¿Y qué?

—Ná, que mi alegro.

—¿Y el muchacho?

—Pá casa.

—Bueno, hombre, pues que haiga salú y desimula si he faltao.

Una mirada soberbia de Juan Vicenté fué la respuesta final á esta última frase y cada cual echó á andar para su casa.

IV

EN la casa del Secretario del Juzgado municipal estaban además de él, el Juez, el *Miserioso* y Tomás, su hombre bueno, y por otra parte sentados junto á la puerta de la posesión, Juan Vicente y el Alcalde, que de hombre bueno actuaba, y el médico de Corralera y el tío Fanegas de testigos.

Tomó la palabra, como de costumbre, el Secretario, hombre versadísimo en este arte de la *lio grafía* y en una especie de informe que no lo

harían tan bien muchos letrados, refirió el hecho de autos, y después aconsejó á las partes como amigo que era de ambas.

El caso fué, cortando por abreviar el relato, que la cuestión le había dado mal olor al Secretario y se dijo: esto hay que arreglarlo y que no pase al tribunal, porque el artículo tantos está claro y los precedentes del Tribunal Supremo no dejan escape, y el *Miserioso* va á la cárcel lo menos por seis meses.

Porque es muy fuerte eso de llamar ladrón á un hombre y mala mujer á una mujer, y delante de un público que corre luego la voz como el agua del regato por los

huertos que va de uno á otro y todos los deja mojados para rato.

Y ya tenía antecedentes penales el acusado, y en los libros de Secretaría figuraba en dos ó tres conceptos y hasta en rebeldía.

En cambio de Juan Vicente nadie había tenido nada que decir, si no era para bien y para bendecirlo por lo bien criado y generoso, que hubo año que dió para sembrar á medio pueblo.

La *inquinió* venía de atrás, desde que el *Miserioso* quiso casarse con la muchacha de Juan Vicente, una moza que daba gloria verla, y la muchacha le dijo que no había quedado ella para raspar roña.

La muchacha tampoco nunca dió que hablar á nadie, y á la cara le salía la salud y la buena vida en aquel color de manzana y aquellos labios rojos.

No era *amena* á la conversacion y á cada mozo amar-telado que la requebraba le soltaba un *bufido* y algo más, si el requiebro lo requería.

El caso fué, que la encontró sola el *Miserioso* en el *Carril del cura*, camino del monte del Rey, según se viene del Pinar.

La muchacha traía la última fruta de aquella frondosa huerta, demasiado sombría tal vez, pero realmente hermosa y pintoresca, y venía cantando para acortar el camino:

Hoy no está mi padre
que está á la estación
á poner un parte
al Gobernador.

.....

Y al pasar la barca
me dijo el barquero,
las niñas bonitas
no pagan dinero...

Digo que venía sola, y no tan sola, porque al alcance estaban el médico de Corralera y el tío *Fanegas*, del Olmo, que traían un par de liebres recientes, todavía sin estirar, y una denuncia encima por haberlas cogido.

Tiró del ronzal el *Miserioso* y paró el potro después de un estirón del pescuezo y un relincho gallardo.

—Paece que vas muy sola,
María Manuela.

—¿Y á tí qué?

—Que si quiés ir acompañá.

—Anda, váite á parlar con el señor Médico pa que te cure las hambres.

—Pus nunca me has dao más que expresiones pa cenar, ni tu padre tampoco.

—Quítate delante, *miajá*, que tú no das fama á naide.

—Ni la quito al que no la tiene.

—¿Pa quién va eso, miseria?

—Pa quien lo coja, rum bosa.

—Anda pallá, so asqueroso, que paeces á las moscas, que empuercan too lo limpio.

—Anda tú, haciendosa, que si fueras gallina no po-

nías un huevo en casa; no sales á tu padre.

—¿Qué tiés que decir de él, repodrío?

—Ná; que el día del juicio se le va á marchar cada cortina con su amo y se queda sin ná.

—¡¡... !!

—¡¡... !!

.....

Poco más ó poco menos este es el asunto al que quería echar tierra el Secretario del Juzgado y no otra cosa pensaban unos y otros, antes que dar que decir á las gentes y que ganar á los curiales.

—Me da mal olor esto y os conviene á todos acabar aquí y no ir á Salamanca.

El *Miserioso* fué el que primero insultó y le puede salir

por la torta de un pan y á nadie le conviene andar en lenguas pa después quedarse sin un canto pa meter una cuña á los aperos, conque á mediar aquí de buena ley y á conformarse todos. —

En las mismas ideas abundaron todos y el asunto entró en la segunda parte que pudiera llamarse el contrato.

— Yo doy por no dicho na ni á la muchacha ni á mí, dijo con grosera frase y vil pensamiento, Juan Vicente, con tal de que me pongan en la mano 50 duros, ni real más ni menos.

Al *Miserioso* le pareció una barbaridad de duros y se plantó en los 500 reales y salió del Juzgado diciendo que tenía prisa.

Volvió á predicar el Secretario en el mismo tono que antes y dijo que de allí no salían los demás sin dejar firmado el arreglo.

No se vió más solución que ofrecer el tío *Gazapo*, hombre bueno del *Miserioso*, á nombre de éste, hasta los 750 reales, para que ninguno se saliera con la suya, y así se convino haciendo un cigarro cada uno de la petaca de Juan Vicente.

—Pues á firmar, dijo el Secretario, y como en el acta no puede decirse nada del arreglo, pondremos que habiéndose perdonado mutuamente las ambas partes se terminan aquí las actuaciones á 16 de Octubre de 1891.

Y firmaron todos, y quedó encargado el Secretario de recoger la firma del *Miserioso* y de enterarle de todo.

IV

No era de broma la prisa del *Miserioso*.

Tenía un buey malo, hinchado hacía ya rato y que se ponía peor por momentos.

El día antes hubo consulta entre los pocos amigos interesados por cierto que el tío tenía y que más le miraban á los cuartos que á la cara; se decidió á gastar dos para ahorrar cuatro, y por la noche ya había mandado un propio al más afamado veterinario de los alrededores y él se quedó asistiéndolo al animal

y recibiendo los consuelos de las gentes y los ofrecimientos más ó menos sinceros de la vecindad.

El buey *Modorro* se había puesto malo sin saber por qué, y junto al bebedero estaba tendido sin *remar* ni nada.

El animalote, enorme, descomunal, resoplaba, con fuerza desigual, aventando la paja de la cama.

De Topas había venido el veterinario, y el *Miserioso* recibía las visitas de duelo anticipado sentado á la lumbré del hogar.

Uno le recomendaba la pez, una albarda de pez como una bizma para las personas, otro unas frotas de *aguarrás* que á nadie le pueden sentar mal,

otro unas varas de acebo pasadas por la barriga.

Llegó el veterinario, cogió por la oreja á la res, que ni daba ni tomaba, tomó el pulso en la pata izquierda, templó la barriga del buey como quien temple un tambor, y no viendo necesidad de recetar, se limitó á cobrar los dos duros de ordenanza.

.....

A cuidar al buey, como decíamos, se había venido el *Miserioso*, y á la lumbre estaba cuando entró el tío *Gazapo* á enterarse de la *tratación*.

—Yo no paso de los 500 reales, y si además se me muere la res, buena feria que hago—dijo el *Miserioso*.

—Miá que me he compro-

metió yo por bien tuyo á llegar á los 750, repuso el *Guzapo*.

—Pues por tu cuenta y listo, y si no traes más chorizo, te puedes dir cuando acomode, que yo tengo que atender á mi cuerto y naide me paga lo que pierda.

—Pues ate cuenta que no le dicho na y ya nos veremos en cuanto la res se desenvuelva.

.....

El buey, en efecto, días después se puso bueno y volvió á hundir las pezuñas entre los terrones de la quiñonada del monte, que aquel año se sembraba de centeno, y el *Miserioso* á marchar detrás de la rés con la esteva en una mano y la hijada en

la otra, viendo caer la ceja sobre el grano desparramado y quedar á lo largo de la tierra los cerros y los vados como quedan en un papel las rayas paralelas para encerrar la escritura.

La quiñonada entera aparecía ante los ojos usureros del *Miserioso* como una inmensa escritura de venta, donde él era el comprador ventajoso y el mundo entero el pródigo vendedor. ¡Almas miseriosas que andáis por ahí viendo en todo lo que miráis un negocio y un duro, y medís al hombre por el bolsillo del chaleco y á la mujer por los pendientes de las orejas, mirad que soís en el mundo como la res que aprecia el trabajo por la largura de los

surcos y a! amo por el pienso del comedero!

Arando iba el *Miserioso* con el brazo y arando con su necio pensamiento en la tierra arenosa de sus ruines ilusiones.

En tal ocasión se presentaron allí el señor Juan Vicente, el *Fanegas*, el Secretario y el *Gazapo*, y sin muchos preámbulos le plantearon la cuestión en los ya conocidos términos.

Negóse por última vez á aprontar los 750 reales, ni siquiera un céntimo más de los 500, y á instancia del Secretario, especie de apagador de incendios judiciales, y del *Gazapo*, que por nada del mundo quería poner 250 reales en un asunto que total á

él ni le iba ni le venía, consiguieron entre todos que el obstinado *Miserioso* se tomara un día para pensarlo, y pensar bien por un lado y por otro lo que son y lo que valen 250 reales.

Y metióse en el monte, del que va á saber algo el lector.

.....

No se ve allí más que monte cerrado. La jara tupida y nada baja, recibió todo el verano el polvo de la carretera y cobró un gris mate que tiene del verde mar algo y algo del azul de la pizarra; donde corre el agua ya se presenta el matiz verde claro de pradera, y las escobillas, y los juncos y mimbreras, levantando sus enhilados brazos, festonean la borrosa orilla del regato, y ofrecen, con siniestro silencio, un lecho de barro pedre-

goso, y tal vez unas calenturas permanentes.

Allí el verde es duro, intenso y poco variado, y el aspecto fresco y lozano.

No tanto puede decirse apartándose algo de las orillas del agua y subiendo cuesta arriba para ganar monte; entonces los ojos sólo atisban á los cuatro vientos las redondas cabezas de los árboles, muy compactas, muy redondas, como si sobre la tierra hubiera caído y quedado allí un chaparrón de encinas.

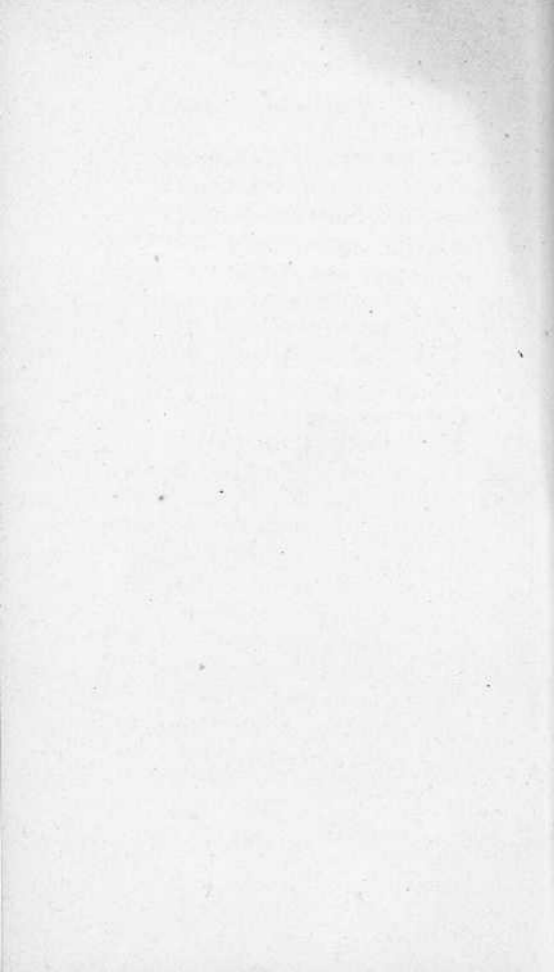
De frente, hacia el sol que se pone, asoma la luz rojiza entre el andamio de los troncos y el filtro de la enramada, á lo derecho un claro del monte, un cerro medio calvo que recibe la claridad agra-

decido y en su lengua dice «aquí estoy yo»; á la izquierda lo más fragoso, desigual y umbrío, un suelo ceniciento obscuro, con muchas hojas caídas y muchas bellotas secas, y en el fondo, á la espalda, la noche que avanza, unas estrellas blancas y puras y algo tristes, una masa negruzca de arboleda sobre un suelo más obscuro todavía; cualquiera hubiera dicho al ver el paisaje que era aquello un cuadro hermoso, donde el gran Pintor había dejado divinamente estampadas las cuatro estaciones del año, las cuatro épocas de la vida del hombre, la luz de anochecer en que en realidad abrimos los ojos, la más tibia y risueña juventud, la bata-

lla dura y revuelta de la edad robusta y el caer lánguido de la muerte, tan sólo iluminado por los recuerdos que brillan, como estrellas enlutadas, y la fe en un sol que al otro día ha de amanecer.

Y si te fijas, lector, en los detalles, todavía podrás encontrar el simbolismo en aquella fogata con más humo que lumbre que á la izquierda sube, rompiendo acaso la tranquilidad apacible de la solemne escena, en aquel árbol que por la sola razón de ser más grande y tener más hojarasca, descuellosa sobre los demás y los domina, y para la atención en «*quel imperativo «vedado de caza»*, puesto en la piedra, con mucha ley y muchos tí-

tulos y todo lo que usted quiera, pero que representa una *veda* general de todo orden, impuesta á los pobres por... ¡por una piedra!



VI

SIGUIÓ el *Miserioso* pican-
do á los bueyes con me-
nos calma que de ordi-
nario y pensando, pensando,
revolviendo en su mollera los
recursos y trastiendas de su
repertorio de usurero plei-
tista.

Su alma era una hipoteca,
y sus ideas cláusulas de con-
trato ventajoso

Discurri⁶, pues, todo lo
que pudo, y en cuanto vino
la noche recogió la yunta y
se fué á ver al Secretario.

—¿Sabes lo que he pensado?

Que mañana mismo reunas á Juan Vicente y á los hombres buenos, y yo iré pa arreglar de una vez eso.

—Me alegro, hombre, que salgáis de líos, porque son malas bromas y por bien que salgáis, siempre tenéis que rascar, que en esto de los papeles nunca se sabe dónde está la punta, si en el hospicio ó en la cárcel.

Despidiéronse con este buen deseo el Secretario y el ladino silencio del otro; y en efecto, al día siguiente volvieron á reunirse los mismos personajes, en el mismo sitio y con el mismo orden que la vez anterior.

Y para no cansar al lector

consaludos, preguntas y respuestas, que vienen á ser lo que las generales de la ley en juicios orales de las audiencias, diré solamente lo que creo que tiene más gracia y más enjundia, por la sencilla razón de que no es sino copia de la realidad pura y neta.

Cada *quisque* se había *em-perrao* en sus trece, uno en 750, otro en los 500 y otro en los 1.000, y no había pareja de bueyes que sacara el carro del atasco.

— Vosotros os habéis comprometido á dar 750, dijo para concluir el Juan Vicente.

— Yo, no; replicó el *Miserioso*, yo sólo ofrecí 500 y no paso, y si *Gazapo* apuntó más, por su cuenta.

.....
Y en última estancia, dijo con la decisión de Napoleón: ¿cuándo se hizo la oferta de los 500, antes ó después del juicio?

—Antes, dijo el Secretario.

—¿Y qué dice en el acta?

—Que sus habéis perdonao unos á otros generosamente.

—Pues cuento acabao, yo no pago ná, que pa eso estoy perdonao con *generosidá*.

Y sin esperar á que el concurso saliera de su asombro ante aquel golpe de abogado esperto, salió á ver si el *Modorro* estaba bien del todo ó si había que rasparle la barriga con la vara de acebo.

Y el Juan Vicente se quedó con lo que el otro le había

llamado y sin los 500 reales del ajuste.



Corrieron los años como corren siempre en las novelas, á paso de liebre perseguida, y las gentes se fueron apagando como las liebres que caen rendidas al pie de las encinas, que tantas veces las vieron gallardas y ligeras.

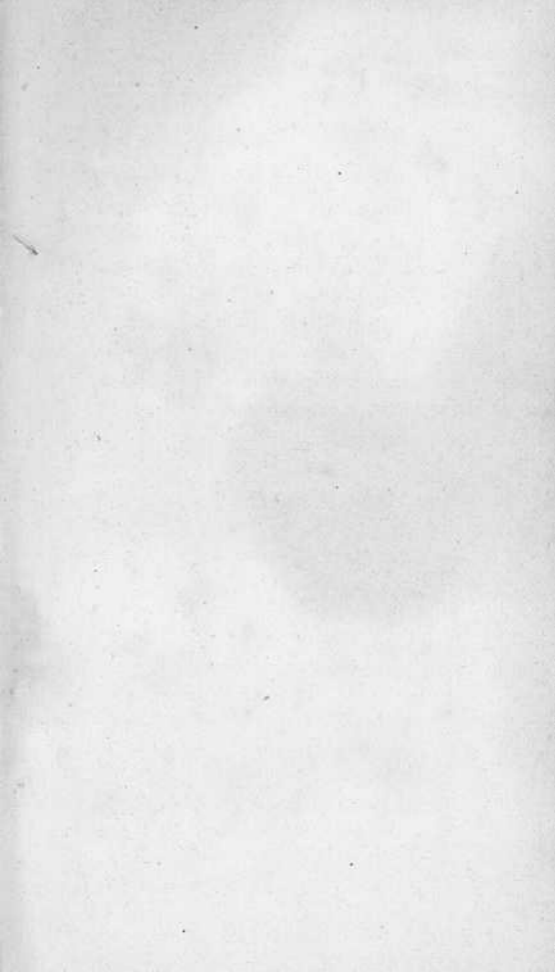
No consta en el archivo parroquial de Villamedrada si fueron unas calenturas ó si fueron unas píldoras las que mataron al *Miserioso*.

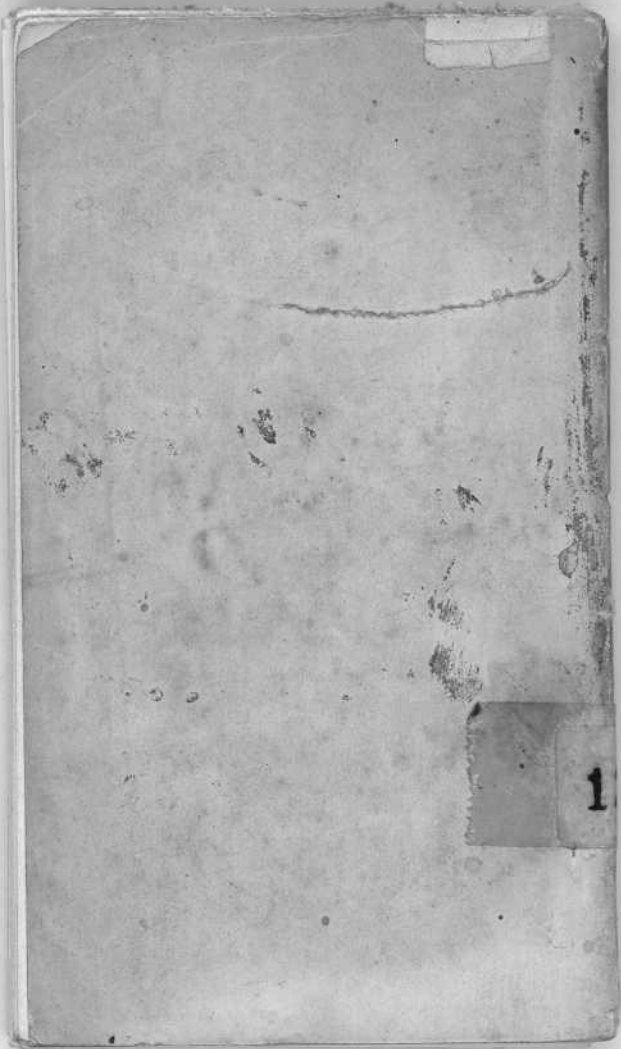
Lo que sí consta y vive en el archivo popular, que no está por cierto en el concejo sino en la memoria y en la

lengua de los charros, es que si se descuenta al señor Cura y al señor Médico, nadie dió un vaso de agua al pobre enfermo, y no habiendo en todo el pueblo más vaca lechera que la de Juan Vicente, y no pudiendo tomar más alimento que leche el *Miserioso*, tuvo éste que morirse antes de que Juan Vicente dejara ordeñar á la res.

Y al que iba á pedirle el gran favor le contestaba: —Decidle al *Miserioso* que se beba la sangre que me ha podrió y pa postre que me perdone con *generosidá*.—

FIN





1

20